

## **La construcción de sentidos en torno a la participación en movimientos juveniles católicos.**

Alejandra de la Torre Díaz  
CIESAS, Occidente  
[alejandra.dlatorre@gmail.com](mailto:alejandra.dlatorre@gmail.com)

### **Resumen**

La propuesta de esta ponencia forma parte de un trabajo de investigación realizado durante el periodo 2009-2010 como parte de los estudios de maestría en Antropología social. El tema de dicho estudio giró en torno a los procesos de formación promovidos al interior de movimientos juveniles católicos, y de su caracterización desde los sentidos que los jóvenes participantes le otorgan. En ese texto se trabaja esta segunda dimensión considerando especialmente los significados que adquiere para los jóvenes su participación en estos grupos valorando la forma que adquiere el discurso del joven orientado por la Iglesia y reelaborado en relación con su vida cotidiana y con otros jóvenes, por lo que se consideran las motivaciones extrínsecas e intrínsecas y la diversidad de alcances y expresiones que resultan de una práctica compartida.

Este acercamiento a los sentidos que los jóvenes recrean a propósito de su participación ha permitido considerar, en primer plano, los motivos y beneficios que encuentran, y que se expresan desde una dimensión claramente emocional. Además, desde el aspecto personal, se han dibujado búsquedas identitarias como la adquisición de hábitos de introspección personal, de definición de un proyecto de vida, de ubicación en el entorno social y desde situaciones de movilidad interna que les hacen adquirir nuevos roles y acceder a un estatus reconocido en el campo religioso.

Se han expresado además estrategias personales de inclusión, presencia, posicionamiento y actuación, producto de las significaciones que cada joven ha construido en lo individual y desde el sentido de pertenencia, para configurar sus intenciones e intereses frente al contexto religioso al que se adhiere. De esta manera, se ha enunciado un fenómeno de individualización de los sentidos, dadas las construcciones producto de un motivo utilitario individual que no logra conectarse con la ordenación de beneficios colectivos.

Finalmente se trazan paradojas que, bajo los discursos y las prácticas tanto de la Iglesia como de los jóvenes, se han configurado complejizando este fenómeno. Por una parte los jóvenes se constituyen como agentes productores de discursos que incorporan nuevos elementos a la formación, posición que además ellos mismos valoran en términos de una mayor libertad y oportunidades de participación en el ámbito social, pero que al mismo tiempo son socializados bajo un discurso que promueve la reproducción de relaciones

jerárquicas y con ello de subordinación y dependencia. A esto se suman las situaciones de exclusión y marginación que los propios movimientos generan, y de las relaciones en términos de competencia, rivalidad e intolerancia que la formación misma puede estar propiciando.

## **Introducción. El contexto**

Los movimientos juveniles católicos estudiados se desarrollan en la cabecera municipal de Tepatitlán de Morelos y forman parte del proyecto Pastoral de la Diócesis de San Juan de los Lagos. Se dice que la Diócesis es el elemento territorial básico de la Iglesia católica, con el que se divide y se congrega una proporción de feligreses a cargo de un obispo<sup>1</sup>. Esta división político-religiosa parte de criterios de homogeneización de las condiciones humanas, buscando delimitar los espacios de población que comparten cierta similitud en su historia, religiosidad, características culturales, etc., y que en el caso de San Juan coincide con la delimitación geográfica de la región de los Altos de Jalisco (incluyendo la región Ciénega y parte del estado de Guanajuato), por lo que resulta fundamental ubicar las características de esta región como parte del espacio de jurisdicción de la Diócesis.

La Diócesis de San Juan resulta entonces la personificación jurídica de la región, región cuyas particularidades se concentran en el carácter conservador que ha prevalecido en el tiempo. Al respecto se han señalado algunos hechos históricos -políticos y religiosos- que han marcado fuertemente esta cultura, y que se expresan en algunas de las lógicas y alianzas que siguen prevaleciendo. Estos hechos se refieren a la disputa que existía entre Nueva Galicia y la Nueva España en la búsqueda de autonomía; así como a la lucha cristera en la que Iglesia y Estado se enfrentaron buscando intereses de carácter político. Esta situación comienza a marcar diferencias importantes en cuanto a la filiación de los pobladores a la iglesia católica.

En el ámbito político se ha hablado de un fenómeno de derechización, donde los principales partidos están ligados –de diferentes maneras- a una ideología derechizada donde la Iglesia ha jugado un papel fundamental. Se dice que es a través de su relación con las alianzas oligárquicas como la Iglesia continúa definiendo varias de las posiciones políticas alteñas.

Por otro lado, la región comienza a adquirir una mayor participación en el desarrollo del estado al transformarse en un polo de producción agroindustrial, con las consecuencias de desigualdad que este genera, fortaleciendo a grandes grupos familiares (oligarquías), y dejando fuera de todo poder de decisión y de recursos a un número significativo de habitantes. Lo que ubica a

---

<sup>1</sup> La iglesia privilegia la división en términos de personas más que de territorio, sin embargo se trata de un territorio delimitado geográficamente con el objeto de organizar sus espacios de gobierno.

la región bajo la categoría de “alta expulsión” de acuerdo a los flujos migratorios que ahí se conforman (y que se han consolidado a lo largo del tiempo a través de redes sociales y mecanismos familiares, desde el programa Braceros en 1942).

Así, se ha posicionado al catolicismo y a la familia como elementos integradores de la región, con los cuales se han logrado mantener ciertos estilos de vida que van incluyéndose en una cultura regionalizada caracterizada por su apego a la tradición, a los dogmas religiosos, y a los lazos familiares; elementos que abonan a una identidad (regional) particular.

De esta forma, dadas las características que se han retomado de la literatura, se ha definido una cultura regional en la que prevalecen ciertos valores ligados a la religión y a la tradición. Por supuesto hay una gran heterogeneidad entre las diferentes poblaciones y municipios que conforman la región, sin embargo estas llegan a difuminarse cuando a prácticas católicas se refiere. Es entonces desde esta identificación donde se ubica la Diócesis de San Juan, y desde la cual define sus prioridades de evangelización, a través de los proyectos pastorales y de formación. De ella se desprenden los movimientos juveniles aquí estudiados dado que la Parroquia ubicada en la cabecera municipal de Tepatitlán, como bien se ha señalado, obedece a dicha instancia.

Por lo anterior, resulta fundamental entender el papel de la Diócesis a nivel regional para analizar los movimientos y grupos juveniles de laicos, independientemente de la cabecera municipal donde estos se desarrollan, pues es la Diócesis quien rige las agrupaciones, los proyectos y las tareas pastorales, de acuerdo con la cultura regional. Así, Tepatitlán y los municipios aquí estudiados están implicados en esas características por la relación directa con esta instancia eclesial-regional.

Los movimientos funcionan, entonces, en cierta medida, como la base desde la cual se reproduce esa caracterización regional en la que participa la Iglesia, al dar cuenta de contenidos en los que se expresan las identificaciones antes mencionadas. A lo largo de este trabajo se ha expresado el movimiento como reproductor del discurso religioso, discurso que además posee un contenido regional que difunde ciertas identificaciones colectivas ligadas con el territorio y la cultura. Cabe hacer mención de que al hablar de “cultura regional” se está siguiendo una definición propuesta por Lomnitz (1995) en la que la se define como un patrón espacial de relaciones de poder y de producción cultural e ideológica. Puede inferirse entonces la formación de un laicado regionalizado con el cual puede estarse distinguiendo la Diócesis ante otras provincias eclesiales del país, y proyectando el proceso formativo que instauran los movimientos como un debate regional.

Esta caracterización impulsó el interés por analizar los motivos actuales que tienen los jóvenes para incorporarse y participar en grupos de laicos, partiendo

de la hipótesis de que ésta resulta una estrategia de integración a la cultura regional con la que los jóvenes entablan relación con la cultura imperante. De manera que se ha señalado como una estrategia de inclusión al entorno social donde la religión, como ya se mencionó, cumple un lugar importante en los procesos de socialización y aculturación de cada generación (desde las instituciones educativas hasta los grupos juveniles), y en las definiciones identitarias.

Hay pues una identidad cultural (colectiva-regional), ligada a estos procesos de resignificación desde el “habitus religioso” (Bourdieu, 1971), con el cual los jóvenes pueden estarse abriendo camino hacia otras esferas de participación en la sociedad. Y es desde esta noción, desde la que se ha partido para indagar en el contexto y afirmar que los movimientos laicos pueden expresarse como espacios de formación, de participación y de inserción a la vida social-regional, dada su vinculación con la cultura y por sus formas de manifestación pública; y que al mismo tiempo sugiere cuestionar la formación como forma de legitimación de los elementos de subordinación cultural, y con relación al conservadurismo y la intolerancia—que en muchos otros espacios ya se ha logrado superar.

Los movimientos juveniles aquí comprendidos no resultan entonces formas dominantes de expresión juvenil, pero sí configuran un tipo de acceso a la cultura desde donde se buscan estrategias de participación, de presencia y de posicionamiento social.

Por su parte, se han considerado los sentidos como un conjunto de interpretaciones y definiciones que reflejan tanto motivaciones, preocupaciones, necesidades o problemáticas; como sentimientos, afectos, posibilidades e intereses.

Desde esta perspectiva se trabajan las categorías de Identidad, Estatus y rol social, Proyecto de vida, Pertenencia e intersubjetividad y Seguridad personal, todas ellas conectando desde la experiencia los significados que adquiere para los jóvenes su participación en los movimientos laicos. De esta forma se pretende valorar la forma que adquiere el discurso del joven orientado por la Iglesia y reelaborado en relación con su vida cotidiana y con otros jóvenes, por lo que se consideran las motivaciones extrínsecas e intrínsecas y la diversidad de sentidos que resultan de una práctica compartida.

La estructura del texto se ha orientado hacia la recuperación de estos sentidos desde algunos testimonios, señalando en primera instancia los motivos y beneficios que algunos jóvenes refieren haber adquirido en los movimientos, manteniendo un carácter emocional y desde el plano de los intereses o necesidades personales. Señalando con ello algunas situaciones problemáticas que actualmente están experimentando y sobre las que consideran encontrar respuesta en estos grupos.

A partir de dichos señalamientos, se considera también la dimensión limitante que pueden adquirir dichos procesos, y que ha sido posible observar en las dinámicas y por algunas de las narraciones en torno a la experiencia de los entrevistados. Desde dicha dimensión se desprenden algunos cuestionamientos sobre las relaciones autoritarias y los significados o valores resultantes, expresados en términos de dependencia, obediencia, sumisión y, en algunos casos manipulación. Lo que a su vez ha manifestado la existencia de algunas paradojas que complejizan aún más los sentidos de esta experiencia, estas refieren a la relación entre lo que los participantes encuentran como ventajoso y lo que las propias dinámicas de participación pueden estar generando.

Así, el patrón principal es un sentido compuesto por la incorporación de situaciones de fortalecimiento y seguridad personal, y de posiciones de autoridad que buscan y con las que esperan ser reconocidos, lo que además, les exige una serie de sacrificios y/o compromisos para entrar a dicho juego. Para la Iglesia este sistema resulta una forma de asegurar la adopción de un compromiso que requieren en la formación de sus cuadros de laicos, y para los jóvenes representa una trayectoria personal con la que se posicionan y asumen un rol que les identifica y con el que se les reconoce (producto de su constancia, compromiso y entrega). Coincide pues con la lógica de los campos con los que Pierre Bourdieu (1995a) explica procesos de legitimación en torno a las relaciones de poder, en los que a través de las posiciones se estructuran y se distribuyen los recursos del poder.

Se señala, finalmente, la experiencia como el concepto que brinda el acercamiento al sujeto, a los sentidos, motivaciones y significados que adquiere su participación en diferentes espacios y contextos, pero también expresa las condiciones sociales, estructurales e institucionales que impiden la obtención de recursos. La experiencia posiciona entonces ambos procesos: la incorporación de un habitus en un determinado contexto, y la reflexividad (Giddens, 1984) como capacidad de reacción, transformación y valoración de sí mismos.

## **1. Los sentidos de la experiencia religiosa. Nuevos significados en la práctica.**

### 1.1 Perdiendo miedos: los motivos de ingreso y las emociones

Dado que la incorporación de los jóvenes a los movimientos laicos no sugiere necesariamente una intención únicamente religiosa, conviene indagar los motivos internos que los participantes transmiten respecto a su ingreso a estas asociaciones. Naturalmente las intenciones difieren en cada movimiento, sin

embargo, hay significados que coinciden entre los participantes, y que expresan sentimientos y emociones en un mismo plano.

Para la mayoría de los entrevistados, la búsqueda por insertarse en espacios religiosos juveniles ha estado orientada por una necesidad de cariño, apoyo, seguridad y pertenencia. Se busca el espacio como una oportunidad para enfrentar situaciones personales, al ser considerado como un lugar donde son escuchados, aprenden a afrontar los problemas y encontrar soluciones.

Además, la formación recibida ha implicado una nueva oportunidad de crecimiento personal que ofrece una preparación exclusiva que, a través de sus dimensiones espiritual, social y personal, ha significado un refuerzo especial que les permite sentirse más fuertes y preparados para actuar en su vida.

En el caso de los entrevistados se identifica un antes y después respecto a sí mismos en relación con esta experiencia, lo que implica un cambio sustancial que reconocen y al cual le dan una gran importancia. Dicho cambio está conectado con un conjunto de emociones relacionadas con la seguridad, la estabilidad y madurez (emocional), la actitud positiva, la confianza y valoración de sí mismos, la conciencia y la fuerza personal.

En general, perciben a los movimientos como un espacio que les ha ayudado a ser más conscientes de lo que rodea a su vida, lo que los ha hecho recuperar la confianza en sí mismos, sentirse más seguros para actuar y perder el miedo para hablar, actuar o tomar decisiones.

Así lo expresa Daniel:

(...) soy más consciente de todo, en lo personal, en lo espiritual, en lo familiar y en lo social, en eso me ha ayudado mucho... también para lograr algunas metas que me he propuesto en la vida me ha ayudado mucho lo que he conocido ahí, a no darme por vencido, sobre todo en eso me ha ayudado mucho, que sé que yo puedo, sé que tengo los medios, y sé que lo puedo lograr, tengo más seguridad (Entrevista 4.16/2, 120-124).

Es así que estas primeras actitudes en relación con la seguridad y confianza en sí mismos resultan un cambio que consideran importante y que habla de un conjunto de realidades que se generan en los movimientos que aportan situaciones de ventaja en los jóvenes. Juan refiere a los miedos que poco a poco fue perdiendo:

Mira antes me sentía perdido no encontraba salida a nada, cualquier problema me deprimía... este... era más cerrado (...) era bien inseguro, no hablaba, me daba miedo hablar en público, era muy tímido y hoy es todo lo contrario, o sea te ayuda a desenvolverte, a relacionarte con tanta gente, a sentirte atraído con otra gente diferente a tí y pues si se

te van los miedos e inseguridades... no del todo pero en si la mayoría de la parte, o sea sí hay esa diferencia (Entrevista 4.6/1, 014:018).

Daniel lo atribuye a la propia sociedad o a la familia:

(...) estamos agachados a veces por los medios o X.... que nos dicen es que tú no puedes, o la misma familia dicen es que tú no puedes hacer esto y esto, y en Koinonía tú llegas y te dicen tú puedes hacer todo! (Entrevista 4.16/2, 297:299).

Así, lo primero que se distingue en esta formación es el empoderamiento o la seguridad que se promueve en el joven para animarse a actuar en su propia vida, o por lo menos esto es el aspecto más importante para ellos. Tal como lo expresa Daniel, “Koinonía ha sido como que la mecha para lanzar el cohete” (4.16/3, 41:42).

Se percibe así, una primera necesidad por buscar respuesta a sus problemas y situaciones en el presente, donde el grupo representa –en primera instancia- una oportunidad para verse fortalecidos y enfrentar dificultades, y posteriormente una oportunidad para incorporar nuevos proyectos (y con ello sentidos) a sus vidas.

Por otra parte, se ven impulsados nuevos intereses que expresan, desde su perspectiva, “una esperanza de vida”, una oportunidad de crecimiento –más allá de la espiritual- que les ayuda a sentir nuevos ánimos, generados de una aceptación y un respeto por sí mismos. El movimiento funge como canalizador de energías, entusiasmo e intereses a través de la asignación de tareas que ayudan a los jóvenes a saberse útiles.

A Juan, por ejemplo, le motivó participar en distintas actividades como ir a dar pláticas a los barrios, a las familias; lo que envuelve un sentido de formación como agentes laicos que supone la incorporación de dicha misión a su vida para posteriormente seguir manteniéndola.

En este mismo sentido, Julio encontró un espacio para poder poner en práctica sus iniciativas y ver orientadas sus ganas de participar.

(...) hicimos un grupo de catequistas, era el primer centro donde había hombres catequistas, éramos los del cerrito de la cruz, y así empecé a hacer, o sea, a innovar... a innovar cosas, porque digo soy muy crítico, pero también propositivo, si algo no me gusta, me gusta demostrar con hechos que se pueden hacer mejor las cosas, siempre he sido así, no me puedo quedar callado, y yo veo algo y órale me lanzo, y me lanzo, y critico y propongo, y así fue como inicié en el grupo (Entrevista 4.13/1, 26:30).

Que además pareciera que fue la experiencia del primer grupo lo que le hizo darse cuenta de su capacidad para proponer cosas, trabajar para mejorar y su misma capacidad crítica y propositiva.

En el caso de Sara, decidió quedarse por cuenta propia en el movimiento cuando vio las necesidades y se dio cuenta que ella tenía la experiencia y los conocimientos para ayudar en él, lo que puede ser interpretado como un espacio para poner en práctica conocimientos y ser reconocida por ello. El movimiento le resultó, además, una posibilidad de mantenerse ocupada y sentir que podía ocupar su tiempo en algo provechoso.

Yo entré en una depresión porque dejé mi grupo de Pandillas, dejo la escuela, y ya nada más trabajar de siete de la mañana a tres de la tarde, toda la tarde la tenía libre, no tenía nada, de estar acostumbrada a andar de siete de la mañana a once-doce de la noche, así, de repente, nada más la mañana y ya por la tarde ya no tenía nada más qué hacer, te juro que para mí fue muy complicado, fue muy duro, y ya después me jalaron a que fuera la coordinadora general y todo el rollo, y fue cuando otra vez como que me ubiqué, ya ubiqué, tengo mis actividades, y ahora sí, para adelante! (Entrevista 4.1/2, 203:211).

Otro de los elementos muy mencionados es la “satisfacción”, el sentir satisfacción por ver a través de un joven-formado el fruto de sus esfuerzos. Como una manera de insertarse en un proyecto con resultados tangibles. Tanto Luz como Julio y Juan coinciden en sentirse realizados cuando observan un cambio de actitud en los jóvenes entrantes, pues refieren sentir que su trabajo ha valido la pena.

Esto permite pensar, al mismo tiempo, en la “realización” como una búsqueda de sentido a través de la cual van conformando un proyecto de vida, producto de las emociones que va suscitando su participación. Lo que no implica una forma estratégica de adoptar un plan de vida, sino un proceso de satisfacción personal que los ayuda a ir definiendo sus opciones de participación como jóvenes en el presente. Así lo expresa Julio:

(...) los chavos no van a los grupos por la necesidad de sentirse amados, van por la necesidad de amar, de sentirse útiles. Yo por mi experiencia me encontré con que los chavos en sus casas son menospreciados, no son tomados en cuenta, no por la maldad de los papás sino porque no saben cómo hacerlo, no?, entonces ellos tienen un potencial tremendo, eso fue lo que hizo para que yo hiciera Koinonía (Entrevista 4.13/1, 227:231).

De esta forma, en el caso del movimiento de Koinonía, hay una intención por encauzar las energías y necesidades de los jóvenes en acciones que trascienden hacia un bien comunitario, generando una transformación a favor de otros, y formando en los jóvenes un sentimiento social, al mismo tiempo que

ellos comienzan a generar sentimientos personales de certidumbre, confianza y una nueva valoración de sí mismos. Dicha valoración se revela, en varios jóvenes, como un sentimiento nuevo por ayudar a compañeros que están pasando por las mismas situaciones en que ellos se encontraron. Lo que les hace adquirir un nuevo rol y ubicar su participación en beneficio de otros, al tiempo que van conformando ese plan de vida presente.

Esto, a su vez, puede producir una sensación de inclusión ante situaciones de desigualdad, marginación y falta de oportunidades que los jóvenes pudieron haber experimentado (o estar experimentando) en otros espacios. Puede constituir, en segunda instancia, un lugar que sustituye espacios donde han sido excluidos, menospreciados, o simplemente no han podido desarrollarse y crecer como ellos lo han requerido (que pueden ser su casa-familia, la escuela, el trabajo, entre otros).

Por ejemplo, en cuanto a las ocupaciones actuales, en el movimiento de Jornadas el 19% no estudia ni trabaja, un 46% sólo trabaja, y un 16% sólo estudia, el 19% realiza las dos actividades medio tiempo cada una. Estos datos coinciden con los del movimiento de Koinonía donde sólo un 49% estudia y trabaja, mientras que el 21% no realiza en este momento ninguna actividad de este tipo.

Julio, fundador de Koinonía, manifiesta su motivo principal por formar el movimiento, producto de su experiencia de vida:

Una de mis ideas, era que nadie pasara por lo que yo pasé, yo supe lo que era estar solo, lo que era llorar, lo que era tener hambre, lo que era no tener un cinco en la bolsa, de sentirte jodido hasta lo último, y no quería que nadie pasara por eso, entonces yo por eso me metía más de lleno, trataba de estar, trataba de ser la solución para todos, ese fue uno de mis cometidos... y me di cuenta a través del tiempo, no? (Entrevista 4.13/2, 32.36).

Hay un sentimiento expreso, en este movimiento, por abrir un espacio de apoyo, de apertura, de expresión y finalmente de participación, que en el caso de los otros grupos se dio de manera implícita y espontánea, producto de las relaciones entre los participantes.

Surgen expresiones que sugieren así una estrategia de inclusión a manera de inserción a un proyecto que pudo orientar sus necesidades, problemas, tristezas o coraje en situaciones de integración, de acompañamiento, de participación, y de búsqueda de un cambio que les posibilitara una mayor sensación de bienestar (aunque sólo desde el punto de vista anímico).

Este conjunto de significados producto de los sentimientos, actitudes y afectos (como el apoyo, la seguridad, el acompañamiento, crecimiento personal, estabilidad emocional, confianza en sí mismos, satisfacción personal y

realización) que experimentan y expresan los participantes, permite pensar en aquello que mueve a los jóvenes, en un primer momento, a incorporarse a este tipo de espacios institucionalizados. Se basan en significaciones individuales que cada uno ha ido construyendo en relación con su vida personal y sus propias circunstancias y necesidades.

Así, los sentimientos expresados dan cuenta de una forma de apropiación y de significación que se ha construido de forma individualizada, en la que sólo se recuperan los intereses, motivos o necesidades personales, y bajo los cuales se mueven sus estrategias de incorporación al campo religioso. Estos significados individuales también se van transformando en la medida que los jóvenes comienzan a integrarse más a cada movimiento y forman parte de él.

## 1.2 Beneficios encontrados: los sentimientos socio-religiosos

A lo largo del proceso se distinguen nuevas actitudes que los jóvenes van incorporando, y que expresan como beneficios posteriores. Entre estas se reconocen sentimientos socio-religiosos que sugieren pensar en la adopción del discurso religioso, pero además, en los nuevos sentidos personales que ahora se incorporan durante el proceso.

Dentro de este carácter socio-religioso los participantes mencionan el haberse acercado a su dimensión espiritual, que refiere básicamente a su apego y práctica de los ritos católicos, con lo cual consideran que han fortalecido una parte integral de sí mismos; además del desarrollo de una conciencia moral y el hecho de sentirse más sensibles al mundo. De esta forma, valoran el sentirse cercanos a Dios, pero con una base social con la cual sienten que tiene una utilidad real su compromiso y que es a través de ella como expresan su fe.

Julio habla de un momento de formación donde pudo desarrollar su criterio de relación con la religión y al cual llama conciencia moral.

(...) en la siguiente etapa, la siguiente ya sí se da un material para desarrollar tu conciencia moral, que tienes el derecho de tomar decisiones, pero no lastimes a los demás, ni a ti mismo no?, trasciende a través de eso, por ahí va más que nada encaminado, a que desarrolles tu forma de pensar (Entrevista 4.13/1, 281:285).

Se reconocen además beneficios de carácter personal como ser más sensibles, más humanos, más amables con las demás personas. Tal como expresan parte de la intención general del movimiento "PJU":

(...) te dan una forma para lograr tus metas en la vida, como los valores que es digamos de alguna manera prepararte para enfrentar cosas, y de volverte más sensible, y de que tu profesión sea un medio para ayudarte y ayudar a los demás y no solamente como un medio para

hacerte de dinero, de alguna manera que no te lo quedes tu solo (Entrevista 4.1/1, 733:740).

Este aspecto coincide además con la formación como líderes. Juan comparte que lo que se busca en PJU es “(...) que sean gente capaz de enfrentar cualquier tipo de situación (Entrevista 4.6/2, 27:21)”. En el mismo tono Daniel refiere el mismo objetivo para el movimiento Koinonía.

Más que nada en Koinonía se preparan líderes, se les da un liderazgo para que ellos salgan adelante... sigan dentro de, o para que ellos se preparen y sean alguien especial (Entrevista 4.16/2, 302-304).

De esta manera se expresan también de manera constante sentimientos personales acerca de la seguridad que les brinda el grupo, lo que los lleva a actuar en ámbitos que antes quizá no se hubieran planteado. Se abren así nuevos espacios de involucramiento y participación que...

(...) la religión también cambia porque te das cuenta que Dios no es para los viejitos que se la pasan en misa, te das cuenta de que Dios es para personas que quieren trabajar en bien del prójimo, entonces sí... sí te cambia de alguna manera, y también te invita a participar en la política para ayudar de esa manera en la sociedad, entonces o sea como si te involucra todo, se complementa todo y sí te ayuda (Entrevista 4.1/2, 397:402).

Además, este nuevo involucramiento permite a los jóvenes acercarse a un proyecto de vida provisional por medio del cual adquieren un nuevo papel complementario a sus actividades cotidianas.

Sara comparte que lo que se busca en PJU es apoyar al joven a que tenga un plan de vida donde conecte de manera integral su parte espiritual y profesional, logrando con ello ayudar a concretar sus ideales. De esta forma se le apoya a ir visualizando cómo se quiere ver a futuro y de qué manera puede caminar hacia sus planes. El grupo, dice, les ayuda bastante a ubicarse, a ver hacia dónde seguir. Ella dice sentir que en su caso de alguna manera el grupo sí le ha jalado a concretar sus proyectos y a concretar la formación que ha recibido en su casa.

(...) si te jala a trabajar en conjunto pues, o sea tu ya traes la idea de ayudar en lo que sea, pero en sí la esencia de PJU es que ya como profesionista puedas ayudar a la sociedad, entonces si te invita de alguna manera a involucrarte en esos proyectos para ayudar, sí te ayuda a visualizar, sí te involucra (Entrevista 4.1/2, 344:345).

En el caso de otros compañeros, comparten su entusiasmo por formar parte de un proyecto donde pueden ayudar a otros jóvenes, y que además los va involucrando hacia nuevas formas de ayudar a otras personas. Lo que les ayuda a dar sentido a su ser y estar en el presente. El objetivo de Julio, dice, es

llegar a influir en otras personas, poder ser un factor de empuje para otros. Intención que se refleja en otros entrevistados.

(...) crear en la gente la necesidad o la ambición de ser mejores, pero también a la vez ayudarles a quitarse tanta cadena que traigan ahí arrastrando, de tanto peso que se les ha impuesto, no?, o que solos nos hemos echado encima (Entrevista 4.13/3, 195:198).

A Luz el grupo la ha hecho reflexionar sobre lo que espera de ella misma y de su proyecto de vida, analizar aquello que la ha frenado o la hace avanzar.

Pues más que nada analizar cómo te sientes tú misma, qué es lo que te falta, tus ideales, o sea tu proyecto de vida, si lo estás realizando o no, o qué esperas, o qué te está frenando, o sea como que te hace ver así como... poner todo en una balanza, como qué necesitas o qué te falta para ser feliz más que nada (Entrevista 4.10/2,331:335).

A Juan la experiencia le ha ayudado a proyectar su preparación profesional, de manera que pudo definir el ámbito laboral al cual desea ingresar y trabajar para acceder a él. En este sentido, el beneficio se basó en darle claridad y la experiencia previa en el trabajo con jóvenes.

Sara vivió un proceso similar al haber podido desarrollar un proyecto de trabajo (la Asociación Civil), con la asesoría del sacerdote que en su momento estuvo a cargo de PJ, y ahora con la ayuda de sus compañeros del movimiento. Comparte cómo fue que influyó el hecho de que sus amigas y compañeras del movimiento creyeran en ella y comenzaran a apoyarla, a partir de ahí, dice, se la “creyó” y comenzó a comprometerse y a trabajar por su idea.

En este sentido, el proyecto educativo ha podido generar dos procesos distintos, por un lado, el joven puede aprovechar el beneficio de estabilidad, seguridad, certidumbre que le brinda su participación proyectada como plan de vida, y que puede manifestarse únicamente durante el periodo que este se encuentra en el movimiento que lo ayuda a definir sus propias intenciones e intereses de manera crítica y propositiva, y caminar hacia estos; o puede generarse como proyecto de vida a largo plazo, producto de la asimilación acrítica del discurso religioso, con el cual adquiere una responsabilidad como agente laico que lo involucra a seguir orientando su vida en esa dirección. Ambos procesos rescatan los sentidos en torno a la adopción de una dirección de vida, resultado de sentimientos de certidumbre, confianza en sí mismos, nuevas valoraciones personales, deseos de participación y emprendimiento, entre otras. Sin embargo, conviene señalar el carácter limitante que también pueden adquirir dichos procesos, traducidos en sentimientos como el respecto a la autoridad, la obediencia, el establecimiento y valoración de relaciones jerárquicas, la sumisión, el silencio, etc., que aunque no son comentadas abiertamente, han podido observarse en las dinámicas de los tres movimientos.

En algunas ocasiones es posible observar una contradicción entre la fortaleza que comparten experimentar algunos participantes, y las situaciones de obediencia y subordinación a las que están sometidos por sus mismas dinámicas internas y de relación con la Iglesia.

Además, el proceso que se genera en el joven, de introspección y de fortalecimiento de sí mismos –como bien se ha dicho- ha quedado reducido sólo en el plano individual. Los sentidos que cada joven ha ido construyendo y recreando a propósito de su inserción y participación en los movimientos evidencia un aprendizaje personal, una situación de crecimiento personal (en la mayoría de los casos emocional y temporal), que no logra traducirse en un sentido de solidaridad, de toma de postura y de actuación. El joven gana confianza, se reconoce capaz de actuar y como sujeto activo en su entorno, aspectos a los que les da una gran importancia bajo una dimensión claramente sentimental, pero no se transfiere finalmente en acciones con impacto social y desde dinámicas comunitarias o grupales fuertes.

Por otra parte, el proyecto de vida y el sentido de inclusión tampoco se traducen en oportunidades reales de incorporación al sistema educativo o al ámbito laboral, lo que también queda reducido a un sentido emotivo e individual que no avanza hacia formas de integración con una respuesta tangible en su calidad de vida.

### 1.3 Encontrándose a sí mismo: la negociación del sentido y de la identidad

Al igual que las motivaciones y los sentidos individuales que se han venido señalando, el carácter identitario que genera el movimiento también se ha construido desde un sentido primeramente personal. Se ha evidenciado una apropiación individualizada de los significados de la participación socio-religiosa que ha generado el reconocimiento de sí mismos en relación con sus acciones, pensamientos, emociones y relaciones. Lo primero que conviene reconocer en torno a esto es el conjunto de identificaciones que se producen en el marco de esta incorporación. Los participantes hacen alusión a un conjunto de características que el movimiento les ha hecho reconocer de sí mismos, que en su mayoría de los casos refieren a cualidades que dentro del grupo pueden considerarse valores.

En el caso de los tres movimientos, los participantes entrevistados aluden a caracteres personales como los “valores” que se reconocen importantes en el movimiento y que hay que mantener. Entre estos se distinguen el valor del trabajo y el estar activos (como lo contrario al ocio), la responsabilidad, el respeto o tolerancia hacia el otro, la iniciativa o la innovación, etc. Hay un primer momento de valoración personal que propicia el movimiento, y desde el cual reconocen nuevas características de sí mismos. Valoran también el estar

en continuo proceso de autoconocimiento y reconocimiento que posibilita el movimiento en sus procesos formativos y por las propias relaciones entre compañeros.

Estas identificaciones permiten comprender un habitus que se ha ido construyendo con base en los valores incorporados en el movimiento. Indica una dimensión de este en cuanto lo valorado sobre sí mismos, y que aunque no da cuenta de la totalidad, sí admite conocer algunas características de los reconocimientos y posicionamientos frente a sí mismos.

Siguiendo con la definición del proceso formativo, los jóvenes comienzan a adoptar un discurso que inscribe un sistema de pensamiento y de actuación – tal como el habitus se expresa- producto del conjunto de relaciones en el movimiento, y de la apropiación subjetiva de los distintos símbolos que se han estado manejando en este campo religioso. Hay una conjunción, en el momento actual de su participación, entre su propia condición biológica, psicológica, su historia personal, y su inclusión ahora a un campo específico donde se incorporan significados producto de las relaciones, jerarquías, roles sociales y posicionamientos.

Así, el habitus que ha llegado a constituirse en mayor medida por la participación en los cuadros laicos ha representado un contexto de significados con los cuales los jóvenes se han ido reconociendo. Inicialmente este concepto ha ayudado a distinguir un marco identitario con el cual los participantes se posicionan, y que van enriqueciendo con nuevos elementos durante el proceso de actuación e interacción. Así, se ha comenzado por reconocer un primer momento de autoconocimiento, reconocimiento y de incorporación de características personales que reafirman una posición individual en el campo religioso, y que están relacionadas con los valores que la agrupación considera pertinentes para su formación y desempeño como laicos.

Recordando que el habitus es el producto de la pertenencia social, de la trayectoria personal y de los espacios de socialización, también se estructura en relación con un campo. Desde la propuesta bourdeana, todo campo ejerce sobre los agentes una acción pedagógica multiforme cuyo efecto consiste en hacerles adquirir los saberes indispensables para una inserción correcta en las relaciones sociales. Por lo que se considera, en este caso, la formación de un “habitus laico” producto de las relaciones que se estructuran bajo la lógica religiosa, donde el “campo religioso” actúa como espacio socializador estructurando referentes y trayectorias identitarias específicas en continua conexión con la vida cotidiana.

El campo religioso pone en disputa capitales relacionados con el acercamiento a bienes simbólicos con los cuales el habitus laico-religioso se va conformando bajo nuevas disposiciones (en las que descansa por ejemplo el sacrificio, la

ofrenda, la voluntariedad), y desarrollando valoraciones especiales hacia un nuevo tipo de bienes, capitales y relaciones (Bourdieu, 1971).

De esta forma, las continuas auto-construcciones sugieren una reapropiación de sus identificaciones y representaciones que permiten apuntar a un proceso de resignificación de su ser y estar, es decir, una forma en que van cobrando nuevos significados su persona, sus pensamientos y sus acciones. Por un lado está relacionado con la adopción del discurso religioso, es decir, la manera como simbolizan y valoran su posición como laicos, pero por otro considera aspectos de su relación de alteridad con la iglesia (evidenciado sobre todo en los testimonios sobre los desacuerdos y conflictos), de su relación entre pares, de su inclusión a una nueva comunidad y de su reapropiación como joven en la que se buscan formas de incluirse y posicionarse en el espacio social (aspectos que se tratarán con más detalle en las próximas líneas).

El habitus ajusta, pues, las posibilidades objetivas y las motivaciones subjetivas por lo que refiere también a una posición movable producto de los juegos de capital que utiliza el sujeto, y de la reapropiación que este proceso produce. El habitus no es el destino, al ser producto de la historia es un sistema abierto de disposiciones enfrentado sin cesar a nuevas experiencias. Constituye entonces un marco de interpretación y análisis de la identidad ligado a dos procesos interdependientes: una identidad estable que persiste en el tiempo derivada de atributos de distinguibilidad propios de cada persona; y una dimensión de la identidad movable que se va conformando a medida que cambian los contextos de interacción, y a medida que se producen nuevos referentes.

Finalmente, el campo religioso habla de relaciones objetivas que se entablan bajo un juego de poder y de posicionamientos sociales a través de diferentes tipos de capitales. De acuerdo a Bourdieu (1971), el “habitus religioso” originado en este campo impone un modo de pensamiento de tipo jerárquico donde los sujetos reconocen posiciones privilegiadas en el mundo y junto con él se aceptan las relaciones de poder. Sin embargo, a ello se agrega la inclusión en ese mismo juego de poder, a través de la participación del agente representando un rol definido que puede ir transformando por medio de la adquisición de capitales. Recordando entonces la cualidad de los campos para permitir la movilidad de los agentes en la lucha por una posición, los sujetos pueden modificar sus roles ante el modelo de dominación evidente incorporando los mismos recursos de los que se valen los agentes dominantes.

Se incluye entonces la noción de “estatus” para analizar este otro tipo de significados en la negociación del sentido en los grupos a propósito de la identidad. De esta forma, es a través de los tipos de trayectorias y de la movilidad interna como los participantes experimentan nuevos sentidos a propósito de este sistema de relaciones.

En el caso de estos movimientos juveniles, poseen una estructura jerárquica que otorga posiciones muy específicas de ciertos jóvenes frente a otros, por medio de un sistema de ascenso bajo el que se asignan comisiones, tareas y puestos a quienes llevan más tiempo involucrados y participan en un mayor número de actividades. De esta manera se establece un “sistema de reconocimiento” mediante el cual se premia el nivel de compromiso e involucramiento del participante a través de la asignación de una estructura nivelada de comisiones y puestos de liderazgo.

Por ejemplo, en los tres movimientos, se recompensa al joven que ha concluido su primera etapa formativa a través de la asignación de una comisión específica para “servir” en el Encuentro espiritual con el cual se incorporarán nuevos jóvenes. Una vez servido un primer Encuentro, y pasado un tiempo de participación activa en el movimiento, dicho joven está invitado a seguir participando con alguna otra comisión general del movimiento (llámese la Secretaría, Tesorería, Apostolado o Espiritualidad), después de un tiempo cumpliendo alguna comisión general se le invita a ser coordinador de otro Encuentro con el cual comenzará su liderazgo a cargo de un grupo de jóvenes recién integrados. Finalmente podrá concursar para llegar a ser el coordinador general del movimiento y de ahí pasar a coordinaciones mayores de laicos a nivel de la Pastoral Juvenil de la Diócesis o de otras Pastorales.

De esta manera, el joven adquiere nuevas responsabilidades que con el tiempo le otorgan una posición de autoridad específica. Este sistema resulta así, una forma de asegurar al mismo tiempo su involucramiento y de comprometerlos en ese proceso de participación laica.

Así, lo que determina o modifica la posición de los sujetos en este campo religioso está relacionado con el liderazgo, las relaciones sociales que el sujeto sea capaz de capitalizar, y el propio reconocimiento o prestigio ganado gracias a su compromiso y acción en el movimiento. Se juegan entonces tres tipos de capitales: el capital cultural, capital social y el capital simbólico.

Por otra parte, bajo una concepción de reflexividad de los actores, se da cuenta de la dimensión racional y su capacidad de acción. Las acciones son producto del habitus, pero también de una racionalidad de la que el actor está dotado. Esta noción de racionalidad del actor caracteriza los comportamientos y las acciones que derivan de una decisión, una elección, un cálculo sobre la base de varias opciones posibles. Desde la perspectiva de Giddens (1984), la capacidad reflexiva es la que define al actor social como tal, y se ordena a través de la conciencia del sujeto sobre sí mismo, sobre sus acciones y las de los demás; de manera que cobra sentido la actuación personal en relación con el otro. Se distingue así la relación dialéctica entre la acción y las condiciones sociales que la reproducen, posicionando al sujeto como actor en dicha reproducción.

Es bajo procesos de reflexividad con los que cobra conciencia el impacto de su propia acción. Esta noción implica para los agentes entender el sentido que adquiere su incorporación en un campo social, y el sentido en que tienen entendimiento las características de dicho campo.

En este sentido, los participantes reconocen dicho sistema y le otorgan un valor especial. Los jóvenes entrevistados expresan, en primer término, la trayectoria que han construido a través de su participación en uno o varios movimientos, dando cuenta de una posición especial que se han ganado como producto de su esfuerzo, compromiso y constancia, y que ha tenido su precio.

Sara, por ejemplo, expresa el “crecimiento interno” que ella experimentó al darse cuenta que ya era considerada para ser coordinadora general de “Pandillas”. Habla de los miedos que se fueron disipando a través de ocupar el cargo de coordinadora y de entablar relaciones constantes con la gente, lo que distingue como uno de los aprendizajes más importantes. Sin embargo esto le valió también enemistades por personas que también deseaban el puesto de coordinación o algunas otras comisiones, y problemas familiares que le generó su participación por el poco tiempo que podía dedicar a la familia.

(...) principalmente el conflicto, cuando estaba en Pandillas, era mi familia, porque yo dejé de hacer muchas cosas con mi familia por estar en el grupo, por no dejar la responsabilidad, yo me perdí de cumpleaños, de muchas cosas, y sí era un conflicto porque sí me exigían de alguna manera, y ya después los conflictos eran porque con tus decisiones en ocasiones no beneficias a todos, pero pues es imposible, necesitas tomar las decisiones en las que se vean beneficiados la mayor gente posible y a veces no se puede, pero enemistades sí me gané (Entrevista 4.1/3 111:118).

Lo que lleva a pensar en la apuesta personal y la inversión que cada uno imprime para llegar a obtener un lugar en su movimiento. Lo que hace afirmar que quienes se quedan, es porque están interesados por ingresar en ese sistema de reconocimiento y de posicionamientos. Y que es también motivo de desalientos, exclusiones y deserciones.

La trayectoria de Julio ejemplifica claramente esto, él inicia a los 15 años y a los 17 ya estaba coordinando un grupo parroquial en su colonia. Cuenta que tiempo después le tocó coordinar hasta la Pastoral Juvenil a nivel diócesis. A los 16 estuvo a cargo de un grupo de padres de familia y empezó a participar en la catequesis, en esa labor duró cerca de 10 años. Después se unió al proyecto de “Pandillas” donde participó junto con un equipo más amplio como fundador de este movimiento.

Para él, esta experiencia fue muy importante pues representó un paso muy grande en su historia personal, y también porque se dio cuenta que veían en él mucho potencial, a diferencia de lo que vivió en su espacio laboral. Todo ello

requirió, según comenta, una gran inversión de tiempo, de recursos y de desgaste personal, pero al mismo tiempo recibió muchas satisfacciones como haber fortalecido la catequesis y algunos grupos de pastoral, además de crear uno nuevo.

Cabe considerar que esta socialización fuertemente jerárquica y esta incorporación de los jóvenes a un sistema de posicionamientos y de ascenso en una escala social inserta en el campo religioso llama a situaciones conflictivas donde prevalece la competencia por ocupar un puesto.

Se expresan así el tipo de conflictos que se dan entre los participantes derivados de ese mismo juego de poder y de relaciones autoritarias, que tiene que ver con la competencia derivada de los puestos que ocupan en la jerarquía del movimiento. Lo que también expresa la importancia que ellos le dan al hecho de ocupar un puesto y ser cabeza de un grupo, y que de acuerdo a este caso, se trata probablemente de una búsqueda por obtener un lugar que no han tenido en otro ámbito de su vida tal como su casa y su familia.

Así, el estatus adquirido en el juego del campo religioso confirma, entonces, un nuevo elemento que se incorpora a este carácter de resignificación de la identidad personal, bajo este, adquiere un nuevo significado su condición generacional, de género y quizá la propia identificación regional o territorial, al incorporarse en un sistema que les brinda, una vez más, certidumbre, y les abre posibilidades de acción, participación y sobre todo presencia.

De esta forma, estos referentes identitarios y sus significados hablan de la anexión de formas de asimilación que cambian de manera sustancial su concepción como jóvenes en su mundo cotidiano. Es posible que bajo las relaciones que ahora sustentan, manejen un significado distinto de su mundo, y de su representación en este, además de construir un posicionamiento diferente frente él.

En resumen, hay una socialización fuertemente jerárquica, donde aprenden a insertarse en un campo con sujetos posicionados y a actuar conforme a ellos (bajo actitudes de sumisión y obediencia), pero al mismo tiempo reconocen un fuerte sentido de crecimiento personal, de orgullo, de fortaleza, como actitudes que los hacen levantarse y asumir un rol más activo en su vida y la de los demás.

Al mismo tiempo, estos nuevos roles pueden impulsar una formación social en la que se promueve un acercamiento distinto del joven con su realidad, a través de conocerse y reconocerse en un entorno social. Así, puede funcionar como canalizador de intenciones e intereses personales hacia la proyección de una actuación con carácter social.

Finalmente, estos elementos considerados resignificaciones de la identidad, y bajo nuevos posicionamientos reconocidos socialmente, nos llevan necesariamente a plantear el tema de la intersubjetividad como un elemento presente incuestionable que además impone otra lógica adicional para pensar los sentidos. La intersubjetividad corresponderá al significado que adquiere el otro en procesos de interacción que necesariamente generan las agrupaciones y que puede manifestarse en sentimientos de pertenencia significativos.

#### 1.4 Los movimientos como fraternidad: el sentido de pertenencia y el papel de las relaciones.

Uno de los principales motivos de ingreso que reconocen los participantes es el encontrar un espacio de convivencia, donde pueden conocer y relacionarse con otros jóvenes. Este aspecto cobra una gran importancia pues a la par de los beneficios antes señalados reconocen también el sentido social de la agrupación al valorar las relaciones de amistad que ahí pueden entablar. Hay un encuentro importante donde se entablan relaciones de amistad, y se les abren espacios de convivencia que valoran de manera especial.

Los entrevistados coinciden en que este es uno de los aspectos que han motivado en mayor medida su permanencia en los movimientos. Ahí dicen encontrar a sus verdaderos amigos, amigos que, de acuerdo a su perspectiva, les ayudan a crecer.

En los tres movimientos se intentan crear las condiciones para fomentar la cercanía entre todos los participantes: los recién incorporados, los veteranos, los líderes o jefes de equipo, los coordinadores, etc., de manera que puedan sentir el espacio como un encuentro real entre pares que se convierte, en primer término, en un círculo de amistades y probablemente en la incorporación a un círculo social específico (cuando se comparte un estilo de vida).

Asimismo, los movimientos laicos juveniles, como grupos de pares, participan en la constitución de una identidad colectiva a través de la que se expresa un fuerte sentido de pertenencia. Tal como lo expresa Luz, hay una conexión directa con sus compañeros al estar en sus mismas condiciones de vida (misma edad, contexto familiar y social, situación laboral o como estudiantes).

(...) como aquí muchos trabajan o son más independientes, por eso mismo como que son más maduros y están... o sea como que te conectas más fácilmente, o sea estás como que con los mismos problemas o en la misma situación, y yo por ese lado lo veo (Entrevista 4.10/1, 238:240).

Esa sensación de inclusión a un círculo de amistades que comparten habla de un sentido de pertenencia, como situaciones que vinculan a los miembros con

su grupo. Hay un fortalecimiento de aquello que se considera común entre todos, que pueden ser los valores que se fomentan o la propia participación.

Julio conecta así las razones por las que considera que los jóvenes se involucran.

Sí, por la necesidad que tiene el ser humano de agruparse, de pertenecer y todo esto... (Entrevista 4.13/1, 219:219). (...) la razón por la que están ahí es por el deseo de darse... de trabajar... de servir a los demás (225:225).

Se expresa, además, la experiencia de compartir situaciones, problemas, preocupaciones y necesidades, que muchas veces resultan común entre compañeros, y que a través de las coincidencias pueden forjar relaciones de apoyo que resultan vitales en el momento de consolidación del grupo. Por lo tanto, este mismo sentido, se proyecta a través de la ayuda mutua y el sentimiento de apoyo que experimentan. Julio incluso percibe que lo más trascendente, en cuanto a los movimientos actuales, es brindarles un espacio donde puedan encontrarse con otros jóvenes que viven sus mismas situaciones. Hay una percepción de hermandad en el grupo, al sentir el apoyo, respaldo o confianza, producto de la convivencia y de la afinidad experimentada.

El apoyo juega, en algunos casos, en forma de redes con las cuales se pueden fortalecer los puntos o ámbitos de acción del movimiento. Para Daniel, por ejemplo, además de que percibe su movimiento como muy inclusivo, lo concibe como un espacio de encuentro donde se pueden unir esfuerzos para ser ayudados y ayudar a otros.

(...) sirve porque llegan varios jóvenes que andaban totalmente mal y que hay alguien que los va a escuchar y comprender tal cual son, porque llegan de todo tipo de... de personas, niveles sociales de todo, y ahí se dan cuenta de que pueden convivir desde el más humilde hasta la persona que tiene más dinero, la persona que se droga, el homosexual, todo tipo de personas, y se hace un lazo muy fuerte y fraterno, y eso ayuda mucho entre ellos para que sus demás círculos de amistades vean que se pueden unir y para unir esfuerzos, para lograr pues eso, para algunos logros (103:108).

Además, hay también una idea de formar redes externas, con el apoyo de "egresados" de los movimientos para hacer crecer el tipo de intervenciones y alcanzar más logros. Daniel hace referencia a un grupo de personas que han salido del movimiento o de alguna manera han estado vinculadas, que actualmente los apoyan desde su profesión.

De hecho te voy a platicar un poquito de personas que han salido de koinonía, hay psicólogos o doctores, y todo, ellos siguen haciendo... les llegan personas... Como hay un doctor y ya llega alguien me mandaron

de koinonía y no le cobra.... Ellos siguen y nos hablan: estoy en tal parte dando consultas y si hay alguien que necesite ahí estoy nada más díganle que va de koinonia.... Y muchas, te podría decir de muchas personas que aunque no estén activos en el movimiento siguen trabajando (Entrevista 4.16/2, 220:225).

Aparecen otros casos en que los movimientos sirven como medio para canalizar otro tipo de atención ante necesidades de los jóvenes. Daniel así lo expresa.

(...) queremos formar un foro de psicólogos y ser canales, también si llegan personas con drogadicción o ya muy adictos o alcoholismo, Koinonía les acepta si gustan, pero koinonía busca también ser un canal para repartirlos a donde los van ayudar al 100% (Entrevista 4.16/2, 180-184). Sí, que si llega alguien con alcoholismo totalmente enciado pues le dicen que si gusta quedarse que se quede porque le va a ayudar el proceso psicológica y espiritualmente, pero él necesita una ayuda más enfocada en lo que es alcoholismo... si me explico? se le ofrece la ayuda, si quiere le canalizamos a tal centro y se han dado casos, que han recibido su formación y ya se le dice al chavo ya llegaste al Chevar ya es trabajar y trabajar con los que vienen... y ahí tomar una decisión de rehabilitarme primero antes de esto y seguirle (188-193).

Resulta así un canalizador, mediador o punto de encuentro donde el joven puede recibir ayuda de otro tipo que no sea religioso.

Es así como finalmente los jóvenes expresan el sentido colectivo de estas agrupaciones, al considerar el papel de las relaciones, la convivencia, la amistad, el sentido de pertenencia, el sentimiento de fraternidad y las redes de apoyo como fundamentales en la experiencia. Bajo estos planteamientos hay una fuerte búsqueda por constituirse en relación con los otros: los otros representantes del mundo adulto, los otros que se encuentran fuera del mundo religioso en el que actúan y, de manera especial, los otros jóvenes con quienes se comparten sus situaciones de vida e intereses.

El joven construye así estos nuevos significados identitarios desde una posición también de alteridad, en la que los movimientos posibilitan un encuentro, la ubicación de sí mismo y la presencia del otro que se encuentra en el mismo proceso. La intersubjetividad interviene como un elemento en la resignificación de la identidad donde se mueven, como elementos fundamentales, la interacción, la comunicación y la interpretación o percepción del otro. El ejercicio reflexivo del individuo respecto a sí mismo adquiere una dimensión dialógica que ahora con los movimientos se fortalece al presenciar una identificación entre jóvenes que comparten ideas, creencias, posicionamientos, así como necesidades y problemáticas.

## 1.5 Encajando en el movimiento: los conflictos, las tensiones y las paradojas

Este mismo sentido de pertenencia genera situaciones de exclusión. El propio perfil de cada movimiento deja fuera a muchos jóvenes con el interés de participar, algunos, al reconocerlo, viven la fase inicial del movimiento pero permanecen al margen de la participación, otros que sí deciden comenzar el proceso, una vez dentro no encuentran su lugar y deciden retirarse.

El índice de deserción considerado de un 70% dice mucho de ello, hay una deserción inicial, después del retiro, del 50%, y durante el proceso, en las diferentes etapas de formación se va otro 15%, del total de los que ingresan se quedan entre un 30 o 40%; lo que indica la cantidad significativa de jóvenes que no se incluyen en los grupos por distintas razones, una de ellas por el propio perfil del grupo con el que sienten no coincidir.

Además, durante el proceso de formación se presentan diversas paradojas. Una de ellas se refiere a los miedos creados en los movimientos que limitan la libertad de pensamiento y actuación. Alma, por ejemplo, considera que al tiempo que ganó cierta seguridad en el movimiento de Jornadas, también le creó miedos, miedos que desde su perspectiva los inhiben de cierta forma para actuar, pues el “pecado” resulta una categoría amenazante.

(...) comentábamos que sí nos ayuda mucho pero también a veces te creas ideas de miedos... miedos por ejemplo de la religión... de los sacerdotes... es que por ejemplo te dicen que todo es pecado... (Entrevista 4.7/1, 457:458).

Al mismo tiempo que los jóvenes hablan de una seguridad adquirida, con la que ganan confianza para actuar y tomar decisiones por sí mismos, se presenta una formación en un marco de obediencia y sumisión. La propia dinámica de los grupos, las relaciones jerárquicas y el discurso de la Iglesia detienen procesos fundamentales de criticidad, libertad y autonomía. Hay una intención explícita por rediseñar y trabajar los procesos de manera que se pueda brindar una formación fuerte, estructurada y tendiente a la promoción de la criticidad, pero sobre la base de una instancia que valora la obediencia, la sumisión, el respeto a las jerarquías. Se busca un proceso liberador bajo una formación demasiado estructurada y en un marco de actuación limitado y limitante que resulta contradictorio.

Finalmente los movimientos resultan un proyecto de trabajo aislado que no logra conectarse con otros movimientos, ni generar acciones de manera conjunta y bajo intereses compartidos. Hablan de la falta de apoyo de la Iglesia hacia su trabajo, pero no hay una visión por apoyarse entre ellos mismos. Incluso pareciera que hay una cierta rivalidad entre movimientos por tener una presencia más fuerte en el campo religioso. Hay además una visión negativa hacia otras prácticas religiosas aún católicas, tales como ACJM (al ser

considerada sucursal del PAN), o el Movimiento de Renovación Carismática, por tener prácticas relacionadas con el Pentecostalismo. Esto coincide con la definición de los campos de Bourdieu, al tratarse de relaciones en disputa en la búsqueda por el reconocimiento u otros tipos de capital, en la que una corriente del catolicismo busca un lugar dominante ante otras.

### **Construyendo los sentidos. Reflexión final**

Los jóvenes que ingresan a los movimientos católicos lo hacen desde una dimensión claramente emocional que los motiva para comenzar un proceso formativo bajo el que sienten recibir varios beneficios. Se ha rescatado sobretudo el aspecto personal, en el que reciben un peso especial situaciones como adquirir confianza y seguridad en uno mismo, poder actuar de una forma más independiente, adquirir hábitos de introspección personal, de ubicación en el entorno social, etc. Dichas actitudes reflejan una estrategia de integración con la cual orientan sus preocupaciones, problemáticas y la propia sensación de incertidumbre que puede prevalecer en ese momento de sus vidas.

A esto se añade el componente identitario con el cual construyen nuevos significados en su concepción como jóvenes y en relación con su vida cotidiana, sus relaciones y sus ámbitos de interacción. Se ha argumentado que a través de las nuevas relaciones que se entablan en los grupos laicos, y desde este marco de participación, se han asimilado nuevos significados, representaciones y posicionamientos de sí mismos frente a su mundo. Sin embargo, sólo se ha podido establecer desde un nivel individual en el que no alcanzan a madurar propuestas de crecimiento en un sentido comunitario, ni a traducirse en un trabajo solidario y bajo una lógica de trabajo en equipo.

Los intereses juegan entonces sólo en el plano personal, como una opción de aprendizaje y crecimiento que el joven encuentra y con la que se asegura de manera temporal para afrontar situaciones particulares que se le presentan. Y aunque el grupo tienen un lugar fundamental como comunidad de pertenencia, este sentido no se transfiere en un trabajo en equipo, en el fortalecimiento de redes de actuación más formales o en una acción social comprometida.

Se ha afirmado además que la propia dinámica interna de cada movimiento ha propiciado el sentido de estatus social bajo el marco de acción en el campo religioso y sobre formas de relación fuertemente jerárquicas, que ha ayudado al joven a reconocer un sentido de crecimiento personal, de fortalecimiento y de orgullo que lo hacen levantarse y asumir un rol más activo en su vida y la de los demás; sin embargo, esto también reproduce actitudes en torno a la sumisión, la obediencia, o en su caso de presunción o protagonismo; además de generar conflictos producto de los juegos de poder y la competencia.

Se reconocen así, bajo estos sentidos, formas contradictorias que complejizan aún más este escenario. La individualización de los sentidos diversifica las experiencias y las traduce en contradicciones y paradojas que ha sido importante reconocer: por ejemplo, ante estrategias de inclusión se generan nuevas formas de marginación; el propio sentido de pertenencia y grupalidad produce conflictos internos de competencia y rivalidad; los resultados de la formación desde una interpretación de fortalecimiento personal y autonomía se generan en un marco de obediencia, sumisión, incorporación de miedos o de culpas; el fortalecimiento de las relaciones y lazos de amistad se establecen en un marco de jerarquías, roles diferenciados y estatus; los nuevos significados identitarios también surgen desde posicionamientos diferenciales, competencia y exclusiones.

Este panorama demanda, pues, nuevos puntos de análisis sobre lo que mueve a los jóvenes a incorporarse a distintas formas de agrupación y de participación. Se trata de acercarse a las propias significaciones que cada joven, en lo individual y como conjunto, establece, construye y recrea a propósito de sus formas de integración, estrategias de inclusión, de presencia, de posicionamiento y de actuación. Y sin tomar distancia de su vida cotidiana, sus circunstancias y necesidades.

Se ha comentado que las formas que adquiere la experiencia, -entendiendo experiencia como aquella que posiciona ambos procesos: la incorporación de un habitus en un determinado contexto, y la reflexividad como capacidad de reacción, transformación y valoración de sí mismos- sugieren pensar también en los costos de las diferentes formas de integración de los jóvenes a la vida social, de aquello que se negocia, se intercambia, se trabaja y/o se sacrifica. Lo que propone una forma adicional para acercarse al estudio de las búsquedas identitarias y de las estrategias frente a la incertidumbre que impone el mundo actual.

La experiencia de estos jóvenes “incorporados” sugiere además analizar los criterios de inclusión de las agrupaciones juveniles -como en este caso de las asociaciones religiosas- de los costos de esa inclusión, y del reflejo en la propia identidad de los jóvenes. Al mismo tiempo, los sentidos que adquieren para ellos su participación en los movimientos laicos proponen una forma distinta de acercarse a la comprensión, no sólo de la actuación religiosa, sino de las distintas formas de agrupación entre pares.

Rossana Reguillo (2010) hace mención de un fenómeno de descapitalización en los mismos términos de Bourdieu, “la imposibilidad de acceder o mantener activos que se traduzcan en insumos para mejorar o mantener sus condiciones de vida” (2010: 396). Un espiral de descapitalizaciones donde son menguados especialmente tres tipos de capital: el capital cognitivo-escolar, el capital social y el capital político (especialmente la distancia frente a las lógicas de

reconocimiento social). En ese sentido menciona como una de las instancias que hoy están operando para la “reinscripción o reapropiación del yo juvenil” a “la diversidad de ofertas y ofertadores de sentido” como una opción clave en el proceso de búsquedas juveniles de reapropiación del yo bajo la triada bienestar-sentido-pertenencia. Además, los pares y esa dimensión de grupalidad se constituyen, desde su perspectiva, como un capital “para transitar las aguas bravas del neoliberalismo, en un espacio de esperanza, de porvenir, de imaginarios de futuro” (2010: 416). Hoy la creciente exclusión opera como plataforma para la expansión de la creencia y la búsqueda de índole “numinosa”<sup>2</sup> de la sociabilidad y la socialidad.

Finalmente, ante esta búsqueda de sentido y certidumbre, de las estrategias de inclusión de los jóvenes a la vida social, de redefinición de sus referentes identitarios y de definición de un proyecto de vida, será necesario analizar las oportunidades reales de incorporación a las instituciones sociales, de manera que las formas de integración puedan traducirse en opciones directas para mejorar su vida. Por lo pronto, estas resultan pistas esenciales en la búsqueda por reconocer los espacios de encuentro, presencia y participación de los jóvenes en el mundo actual, una participación que pueda reflejarse tanto en su vida como en su entorno.

### Referencias bibliográficas y empíricas

Bourdieu, Pierre y Wacquant, Loïc J.D. (1995a), *Por una antropología reflexiva*, México: Grijalbo.

Bourdieu, Pierre y Louis Wacquant (1995b). “Las finalidades de la sociología reflexiva”, en *Respuestas por una antropología reflexiva*. México: Grijalbo.

Bourdieu (1971) “Génesis y estructura del campo religioso”, en *Revue Francaise de Sociologie*, Centre d’ Etudes Sociologiques, XII, Paris, pp. 295-334. Versión castellana en *Relaciones*, Vol. XXVII, Núm. 108, Otoño 2006.

Giddens, Anthony (1984). *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*, Argentina: Amorrortu editores, edición 1995.

Lomnitz, Claudio (1995). “Cultura regional”, en *Las salidas del laberinto*, México: Editorial Planeta, pp. 33-67

Reguillo, Rossana (coord.) (2010). *Los jóvenes en México*, México: CFE, CONACULTA, Biblioteca mexicana

---

<sup>2</sup> Retoma el concepto de Rudolf Otto (1980) para hablar de una dimensión que trasciende la interpretación racional y se centra en la experiencia del enigma, de la fuerza intangible, de la plenitud del poder desde un sentido espiritual.

## Entrevistas

Para este texto se han rescatado las voces de cinco jóvenes que ayudan a ejemplificar los distintos significados que los participantes construyen al intervenir en estos movimientos, las formas que adquieren estos significados y las evidencias resultantes en términos de participación. La elección de los sujetos se basó en criterios abiertos respecto a las diferentes trayectorias que han cursado cada uno, los distintos movimientos en que participan, y las formas de involucramiento en las que ahora se hacen presentes. Para una primera aproximación a la experiencia, se utilizaron principalmente los testimonios de Alma, Daniel y Juan, representando un ejemplo de cada tipo de trayectorias, además de los ejemplos de participación de Sandra y Julio. Para mostrar el perfil de cada uno se presenta una breve caracterización de su participación.

Alma es una joven que ha tenido una trayectoria larga en los movimientos (11 años), y se considera como una “egresada” de esta formación. Durante esos 11 años estuvo involucrada en diferentes cargos de la Pastoral Juvenil. Primero se integró al movimiento denominado “Pandillas de Amistad” y ahí duró seis años (de los 14 a los 20 años), fue coordinadora de este movimiento durante cinco años. Después participó dos años en otro movimiento de adolescentes llamado “Búsqueda”, y de ahí se integró al movimiento juvenil de “Pastoral Juvenil Universitaria” donde estuvo un año. Tiempo después la invitaron a formar parte del equipo de coordinación de Pastoral Juvenil a nivel diocesano donde estuvo participando durante dos años, y finalmente se integró otros dos en el movimiento de “Jornadas”. En cuanto a su carrera personal, ella estudió la licenciatura en Administración en la Universidad de Guadalajara (Centro Regional) y actualmente está cursando una maestría en Finanzas en una modalidad semiescolarizada. Trabaja en el negocio familiar tiempo completo, y el tiempo restante dice dedicarlo a sus estudios y a su participación como parte del Patronato de un Centro de Rehabilitación en Adicciones en actividades de recaudación de fondos para su mantenimiento (Asociación civil formada por iniciativa de ella y del sacerdote que estuvo a cargo de Pastoral Juvenil a nivel parroquial).

Daniel tiene cinco años participando en distintos movimientos juveniles ingresando primero a grupos parroquiales para adolescentes e involucrándose después en el movimiento de “Koinonia” donde ha participado durante tres años y medio. Tiene, en este momento, el cargo de tesorero del movimiento y coordinador de un subgrupo koinonía. Aunque ya tenía experiencia en otros grupos parroquiales, “Koinonía” representa para él su primera experiencia de incorporación formal a los grupos juveniles. Él tiene 27 años de edad y actualmente trabaja como agente de ventas medio tiempo. Comenta que no pudo continuar con estudios universitarios por situaciones familiares así que terminó únicamente la preparatoria. A la fecha vive sólo con

su mamá y ambos trabajan para sostener su casa (su padre ya falleció y sus hermanas están casadas).

Juan es quien tiene, de entre los entrevistados, la trayectoria más corta en los movimientos. Él tiene 21 años y participa desde hace dos años en el movimiento de “Koinonía”, y desde hace año y medio en “Pastoral Juvenil Universitaria”; desde ese tiempo participa en los dos movimientos de manera simultánea, y representan su primera experiencia en grupos juveniles religiosos. Actualmente es el tesorero de la Pastoral Juvenil a nivel diócesis y representante de “PJU” ante el decanato. Su familia, padres y hermanas se encuentran trabajando en Estados Unidos y él vive sólo en Tepatitlán, aunque ha estado viviendo de manera intermitente entre E. U. y Tepa los últimos cinco años. Estudió hasta la preparatoria y está a la espera de poder iniciar sus trámites en la Universidad de Guadalajara para ingresar a la carrera de Psicología.

Sara y Julio, finalmente, son quienes desde su experiencia ayudan a ilustrar las formas de participación social como prácticas externas nacidas en los movimientos. En el caso de Sara, actualmente participa en el movimiento “Pastoral Juvenil Universitaria” y ahora está en proceso de conformar una Asociación Civil para atender a madres solteras, como una forma de participación laica ligada al marco religioso. Ella resulta una de las participantes actuales con más tiempo en los movimientos, pues anteriormente estuvo en el movimiento de “Pandillas de Amistad”, durante 12 años, donde llegó a ser la coordinadora general durante dos años. Después de un año de receso se integró a “PJU” donde lleva participando año y medio. Ella tiene 28 años y es la mayor de tres hermanos, nació en Tepatitlán y ha vivido toda su vida ahí. Terminó la carrera de Contaduría y actualmente trabaja como secretaria en la recaudadora municipal.

En el caso de Julio, su experiencia de 25 años en diferentes movimientos culminó con la fundación del movimiento de “Koinonia”, y con la fundación en la actualidad de una Asociación Civil mediante la que apoya a grupos en situación de pobreza y con un carácter cívico desligado de los grupos católicos. Julio es un caso aparte, ya que por su edad (39 años) y el tiempo en que él comenzó con los grupos (1986) no se daba la misma dinámica de ingreso que en la actualidad. Él representa el inicio de los movimientos juveniles en Tepatitlán, pues es uno de los fundadores de varios tipos de agrupaciones. Él inicia a los 15 años, a los 16 estuvo a cargo de un grupo de padres de familia y empezó a participar en la catequesis, y a los 17 ya estaba coordinando un grupo parroquial en su colonia. Después se unió al proyecto de “Pandillas” donde participó como parte de un equipo, en la fundación del movimiento. Así duró en total 25 años involucrado en diferentes cargos con los movimientos de Pandillas y Búsqueda, y tiempo después como coordinador de la Pastoral Juvenil a nivel diócesis. Él trabaja tiempo completo en un pequeño

negocio propio, después de haber colaborado varios años en el Ayuntamiento hasta que lo finiquitaron, estudió hasta la secundaria bajo una modalidad abierta, pero ya no pudo continuar con la preparatoria por motivos económicos.